

## La vía láctea

Miguel Ángel Baldellou

La "fábrica de sueños" proporcionó también modelos fascinantes, no podía ser menos, para los arquitectos y para quienes aspiraban a serlo.

Desde nuestra butaca quedamos impresionados, "de pequeños", por aquel Gary Cooper arquitecto capaz de construir y destruir rascacielos al dictado de su voluntad creativa. Aquellas imágenes del arquitecto-totem, erguido sobre su altísima torre en construcción, que parecía no tener fin, superaron con mucho a las de todos sus rivales, propuestos desde la pantalla.

Algo había, sin embargo, de irreal en todo aquello que resultaba inquietante. Todo era excesivo.

Además, la arquitectura de la que el arquitecto se sentía acriticamente tan orgulloso no parecía justificar el heroísmo del protagonista. Resultaba sospechosamente obvia.

Sin embargo, se nos sugería la posibilidad de un comportamiento excepcional, una vida apasionada entregada a una "misión" en apariencia simple, como es el ejercicio de la libertad individual. Esta última razón parecía conectar con oscuros sentimientos de rebeldía, entonces en ebullición, profundamente necesarios para nuestra autoafirmación.

Aquellas imágenes cinematográficas y otras que las siguieron y matizaron, contra las que más tarde hubo que luchar, constituyeron una parte fundamental de nuestra particular "educación sentimental" como arquitectos.

Con más o menos intensidad, más o menos obsesivamente, algún protagonista "de cine" ha guiado la incipiente vocación de más de un arquitecto de las últimas generaciones. Aunque sólo fuera por esto, el fenómeno que el cine ha originado merecería nuestra atención. No es un asunto menor el que la orientación profesional encuentre su origen en la ficción cinematográfica y con ello muchos de los errores que desde ella se provocan. Respecto a la arquitectura, una de las profesiones más viejas del mundo y una de las más desconocidas por el gran público, el distanciamiento que provoca la pantalla sirve adecuadamente al proceso mitificador de unos profesionales que en todos los casos aparecen en ella como egocéntricos. El repertorio de modelos suministrados por el cine, aunque variable, como corresponde a guiones y directores muy diversos, tienen entre sí de común una evidente irrealidad para los auténticos profesionales, que, sin embargo, no les impide reconocerse el ellos en sus aspectos más heroicos, incluso en sus "conflictos" internos.

Desde los tiempos en que los líderes de la vanguardia histórica propusieron romper con los modelos servidos por sus

maestros inmediatos incorporándose a actitudes de ya probada "eficacia", los arquitectos han ido modificando significativamente su apariencia al dictado de las conveniencias del mercado.

Quitarse la chaqueta (pero dejando la corbata de lazo) o cuidar su figura de "hombre libre" apegado a la pradera y sus "horizontes lejanos" hizo de Le Corbusier o Wright personajes "de cine". Aunque Mallet-Stevens ridiculizara la "machine-a-habiter" del suizo en "L'inhumane" o Roark fuese un pastiche del maestro de Talliesin en el "El Manantial", la mitificación de la intransigencia y la egolatría como sinónimos de genialidad ha prosperado hasta el paroxismo de "El vientre del arquitecto", sin apenas obstáculo o sin reflexiones sobre las contradicciones de un arte, casi necesariamente, subsidiario.

La situación real tiene sin embargo muy poco de cinematográfica. Aparte de que sociológicamente pueda servir para un guiño de corte antropológico, resulta evidente que, al día de hoy, la profesión de arquitecto ha perdido el aura que alcanzó no hace mucho.

De héroe a "hombre sin atributos", el camino ha sido recorrido demasiado de prisa como para que el cambio haya podido ser asimilado.

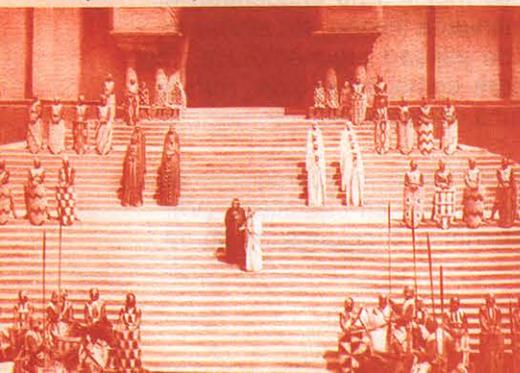
Hasta tal punto en estos momentos resulta irreal la imagen "fílmica" del arquitecto, que su réplica o su imitación rozan lo cómico y casi siempre resultan inadecuadas.

Hace años fue Xavier Sustel el que en un precioso libro nos hablaba de las estrellas de la Arquitectura proponiendo generalizar para las construcciones modernas el método de clasificación, divulgado en las Guías Michelin, para distinguir la importancia de los edificios a visitar en cualquier ciudad. Hoy parece evidente que también podrían clasificarse los arquitectos con ese sistema. Un buen amigo hablaba ya hace tiempo de la existencia de arquitectos de "5 lapiceros" refiriéndose obviamente a la clasificación hotelera.

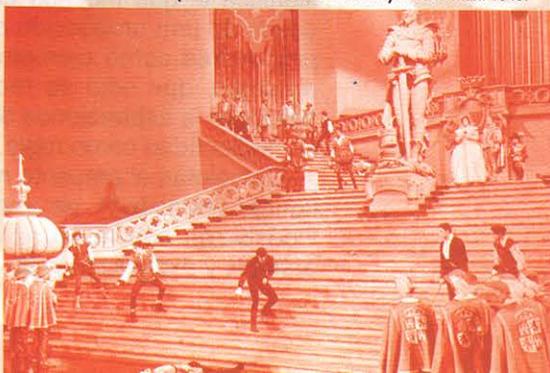
Proponer una clasificación profesional en categorías (de lapiceros o de otro tipo) es, por otra parte, algo contrario al famoso "espíritu de cuerpo" que, visto desde fuera, nos distingue. Algo sin embargo habrá que hacer con el aumento "incontrolado" de profesionales y de centros docentes tan distintos (incluso en planes) con que el futuro amenaza la "pacífica" convivencia que en la sociedad actual parece hacernos singulares. En ese sentido, ya comenzó a dar ejemplo la "Hermandad", cuando ajustó sus principios fundacionales a la dura realidad. Aún resisten los Colegios profesionales ante una situación que se potencia desde los centros de poder, que al practicar la consigna de "divide y vencerás" parecen pretender eliminar "vestigios (de poder) del pasado" que impiden acceder a la modernización de las estructuras sociales, una vez disueltas las existentes.

Aún, a pesar de lo evidente de la nueva situación, pervive en muchos arquitectos la aspiración a parecer de "cinco lapiceros". Una inercia cultural difícil de combatir convive contradictoriamente

Metrópolis. Fritz Lang. 1927.



El burlador de Castilla (The Adventures of Don Juan), V. Sherman. 1949.



Robin de los Bosques. Michael Curtiz/William Keighely. 1938.



con la búsqueda de notoriedad a través de los "tics" más obvios, ejercidos hoy por una suficiente mayoría que pretende ser exactamente lo contrario. Aunque es cierto que las condiciones del escaso trabajo favorecen una competencia interna en la que el destacar significa el ser reconocido entre una multitud, los resultados, sin embargo, suponen la proliferación de gestos semejantes que tienden, sobre todo, a unificar.

Lo que, desde éstas mismas páginas, reclamaba recientemente Alberto Campo alentando la resistencia de algunos, puede contribuir paradójicamente a un encastillamiento irreal, a un aislamiento narcisista, que generalizando, puede resultar suicida.

Y, sin embargo, la única vía posible de "salvación" requiere probablemente el "sacrificio". Y éste ha de asumirse por la renuncia; si se quiere, por el silencio. Por renunciar, por ejemplo, a la atención de una sociedad cuyos objetivos, en caso de existir, no compartimos si no es obligatorio. La renuncia gritando puede perturbar la razón, si no la quita. La resistencia pasiva puede acabar, al contrario, con los gritos de fuera. Con tanta confusión. Sólo cuando las estrellas fugaces siguen una senda común, permanecen en el firmamento. Integrarse en "la vía láctea", en una tradición inevitable, puede ser el camino.

A finales de este siglo puede adivinarse el término de una etapa dirigida por maestros que ahora nos parecen indiscutibles. Los sustitutos, que inevitablemente surgirán entre nosotros, aún no se han definido suficientemente. Aunque puedan citarse algunos nombres capaces del relevo magistral, se echa en falta en sus trabajos la coherencia interna de quien persiste en su propio perfeccionamiento y por ello se desentiende de la extraordinaria confusión del medio. Si nos guiamos por los silencios, más expresivos que las manifestaciones llamativas, están por identificar las estrellas-guías que traspasen el milenio. Sus cualidades serán probablemente aquellas que caracterizan al corredor de fondo, que persigue una meta lejana con la máxima concentración, administrando sus limitaciones, perfeccionándose en el tiempo. En cualquier caso estarán trabajando ya, sin dejarse llevar por espejismos pasajeros.

Repasando las actitudes "heroicas" que el cine nos ha propuesto como posible imagen del arquitecto y aceptando lo que de esforzado puede tener la práctica de la profesión en nuestros tiempos, ningún modelo se aproxima más a mi propuesta que la de aquellos atletas que se vencían a sí mismos en "Carros de fuego".

Estoy por afirmar que al menor esfuerzo por exteriorizar los propios méritos corresponde necesariamente el enorme por tenerlos verdaderamente. En esto consiste la reflexión y la justifica. Exhortar sin embargo al trabajo callado como forma de llegar a ser, dadas las circunstancias, favorables sobre todo al parecer, está condenado a ser dicho en el vacío. Y, sin embargo, hay que decirlo. ■

## Las amistades peligrosas

José M<sup>o</sup> Fernández-Isla

¿Sufren la mayoría de los cineastas una cierta incapacidad para "mirar" el hecho arquitectónico de una forma comprometida? A primera vista podría afirmarse que, al menos en este país, así es. Desde la prensa diaria hasta los más altos órganos de difusión de la cultura, pasando por las más solventes empresas constructoras, nadie parece querer acercarse a la arquitectura de una manera profunda; no tendrían que ser, por tanto, los profesionales del séptimo arte la excepción que confirmase la regla. De hecho, dentro de la ya centenaria historia del cine, son bastante escasos los ejemplos donde la arquitectura reciba un tratamiento coherente e imparcial a la hora de reflejar en pantalla su significado.

A lo largo de bien distintas épocas, sólo ciertos autores (Lang, Hitchcock, Antonioni o Ivory pueden ser los más evidentes) han sido capaces de abordar el asunto desde una óptica tan distinta como personal y de paso atreverse a bucear en el interior del territorio de la arquitectura para satisfacer las necesidades de su discurso narrativo.

Quizás por todo ello sean bien escasos los ejemplos a recordar donde la arquitectura ("el lenguaje de la arquitectura" puede que sea más preciso) sea tratada con cierta serenidad. Paradójicamente los ejemplos más significativos suelen ser trabajos realizados por y para televisión; también los más distanciados: más próximos a la teoría del documental que a la de la ficción cinematográfica.

Hasta la fecha, es muy probable que la propuesta más homogénea sea la realizada por el desaparecido Renato Castellani, arquitecto y director de cine ligado al neorrealismo, cuya obra más famosa, "Romeo y Julieta", (no confundir con ese monumento a la mampostería que fue la versión de Zefirelli), sentenció el movimiento. Desde esa posición privilegiada que otorga el situarse detrás de la cámara, Castellani aprovecha el beneficio de la "excepcionalidad cultural" que pone a su disposición una muy poderosa productora, la R.A.I., para introducirnos en la Capilla Sixtina mediante un fascinante viaje de casi cincuenta minutos de duración, donde con maestría consigue sintonizar el lenguaje de su objetivo con el discurso arquitectónico de Miguel Ángel.

Otro buen ejemplo, "Le Corbusier. The ville Savoye", es un estimulante cortometraje realizado por Nick Levison para otra televisión estatal, en este caso la B.B.C. (entre tanto T.V.E. se pierde ¿quién sabe dónde?); en él se disecciona no sin cierta pericia la famosa obra. Pero, aún en esta ocasión, el espíritu

Las tres luces (Der müde tod), Fritz Lang. 1921.



Cautivos del mal (The bad and the beautiful), V. Minelli. 1952.



Un americano en París (An american in Paris), V. Minelli. 1951.

